

## CAPITULO XII.

### DECISIONES DEL CONCILIO.

Desde el punto en que toda esperanza de reforma se había perdido, la única cuestión que ya quedaba, era la cuestión de la infalibilidad. Bien es verdad que si esta cuestión se resolvía en el sentido ultramontano, estaban también resueltas con ella todas las cuestiones. Si el Papa es toda la Iglesia, al Papa le toca resolver todas las cuestiones eclesiásticas. Los primeros cánones del Concilio se referían á los fundamentos mismos de la fé y estaban impregnados en la oscura doctrina del *Syllabus*. La Iglesia católica se confundía con la Iglesia romana. Así, lejos de tener los cánones ese espíritu de conciliación necesario, indispensable, en la deshecha borrasca que hoy corren, no ya las creencias religiosas, sino las mismas creencias espiritualistas, los cánones, condenaban con ira, con furor, todas las Iglesias que se apartan de la Iglesia romana. Un día el Concilio se convierte en club. Los gritos más desaforados pueblan los aires, y las imprecaciones más violentas se lanzan de banco á banco. Habla un Obispo de las regiones croatas, cuya elocuencia tiene

altísimo vuelo, y cuyo latin deliciosísima armonía. Y sin embargo, furiosas exclamaciones le asaltan, le ahogan, le dicen: *descendat descendat de ambona*, baje, baje de la tribuna. ¿Y todo por qué? Porque ha querido borrar de una de las declaraciones los anatemas violentísimos arrojados sobre el protestantismo.

En el mes de Abril se publicaron los cánones dogmáticos. Todos ellos estaban reducidos á una apología del supernaturalismo sin ningun razonamiento y á un anatema lanzado sobre la ciencia moderna, sin ninguna prueba. Grande ocasión perdida de exaltar el mundo sobrenatural y de demostrar las relaciones, las armonías que hay entre nuestro espíritu, entre nuestra razón, y los dogmas fundamentales de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Luego el Concilio confirmaba como libros dogmáticos las traducciones de la *Vulgata*. Todo el inmenso trabajo de la crítica moderna era completamente inútil para esta Asamblea deliberante, que se celebraba en pleno siglo décimo-nono, y que parecía por lo extraña á este siglo una



Asamblea de aparecidos, mal envueltos en sus desgarrados sudarios. Con solo saludar en las más humildes aulas de Europa las más sencillas nociones de las lenguas semíticas, se echa de ver la pésima traducción de la *Vulgata*. El viento fortísimo que corre sobre el caos traducido por el espíritu de Dios que flota sobre las aguas; la mujer de Loth, que se queda como de piedra al ver las llamas devorando las regiones de Pentápolis, pasa á ser una estatua de sal hecha y derecha. Los hijos de los montañeses y los hijos de los campesinos se truecan en los hijos de Dios y los hijos de los hombres. Y nunca acabaríamos si hubiéramos de relatar todos los errores de que está sembrada la traducción tenida por pura y ortodoxa.

Y lo que digo de la traducción digo de la autenticidad de los libros. Toda la interpretación ha sido renovada completamente. El libro de Job tiene sus precedentes en la literatura árabe. El Pentateuco no pertenece á la edad á que lo atribuye la Iglesia. El libro de Judith ha sido escrito, podríamos decir, falsificado en la era cristiana. Entre el Apocalipsis y el cuarto Evangelio que la ortodoxia atribuye á San Juan, media un largo espacio de tiempo. El primero con sus visiones, con sus ensueños, con sus amenazas á la impura Babilonia, con sus esperanzas de ver una ciudad celestial elevarse en los aires, merced á la virtud y al valor de un Mesías, pertenece por completo á la época en que el cristianismo conserva su antiguo y estrecho espíritu judío; en tanto que el segundo, lleno de ideas platónicas, embebido en el espíritu alejandrino, con su Verbo que ha pasado desde los jardines de Platon á las pirámides de Egipto, pertenece á la época mucho más madura en que la idea helénica revelada por Sócrates y Platon, ha penetrado en el seno de la idea cristiana revelada por Cristo y por San Pablo. No pueden, pues, pertenecer el Evangelio y el Apocalipsis á un mismo autor, ni estar escritos por una sola mano. Pero todas estas cuestiones no deben ciertamente interesar á la religiosa Asamblea, inca-

paz de depurar los fundamentos de las creencias y decidida por completo á llevar la inteligencia humana, de grado ó por fuerza, hasta las aras de lo absurdo, y hasta la locura del suicidio.

Bien es verdad, que en una especie de cánón, subrepticamente ingerido en tantas y tan diversas sentencias, se elevaban á verdaderos artículos de fé, las decisiones exageradas y estrechas de la antigua Congregación del Índice. Nadie ignora cómo procede en sus inapelables sentencias esta inquisitorial Congregación. Todo cuanto no sea el más exagerado ultramontanismo, la más ciega adhesión á la monarquía absoluta del Pontífice, cae bajo sus decisivos anatemas. La historia moderna, con ese criterio, no puede hacer justicia ni al Renacimiento, ni á la Revolución, ni á la Reforma. La crítica no puede examinar el valor científico de la tradición Mosáica; la cronología no puede mostrar que en comparación de las antiguas tribus arias son como niños los hebreos y en comparación de los primitivos poemas sus más antiguos libros como obras de ayer; el mundo comienza para los exagerados en las primeras páginas de la Biblia, se renueva en el Evangelio, se afirma en la *Suma Teológica*, y se resume, y se compendia en el *Syllabus*. Fuera de esta genealogía de ideas no hay para ellos sino tinieblas y tinieblas palpables. Los pueblos asiáticos todos duermen á las sombras de la muerte. Los filósofos griegos todos son como sofistas que juegan vistosa é inútilmente con las ideas, á pesar de haber hecho de sus concepciones más materialistas y de su escuela más experimental base y cúspide de la ciencia teológica. Los dioses antiguos, que despiertan las inteligencias á la contemplación de la hermosura plástica perfecta, son hijos del diablo; en tanto que son hijos de los ángeles, las grotescas figuras bizantinas sin ninguna inspiración y sin ningún dibujo. El mismo derecho romano en nada es tributario ni de los pretores, ni de los estóicos, todo se lo debe á la Iglesia. Constantino, á pesar de

haber cometido todo linaje de crímenes y de infamias es un santo; Juliano, á pesar de su inteligencia clarísima, es un demonio. Las órdenes monásticas más exageradas, las tradiciones ultramontanas más inverosímiles guardan solamente la verdad. Lo demás todo es error, mentira, vicio, crimen. Inútilmente os dirá la historia, que los pueblos regidos por instituciones teocráticas se corrompen fácilmente, se gangrenan hasta el tuétano de los huesos, se caen á pedazos sobre la tierra desolada, pierden la virtud y la conciencia, como lo muestra aquella última España gótica, ora arrodillada en las cenizas de la penitencia con Egica, ora podrida en la embriaguez de las orgías con Rodrigo, y siempre esclava de un clero que perdiera en los goces del poder la santidad de la vida ó la pureza de la doctrina. El dominio material de la Iglesia, hé ahí la única filosofía de los ultramontanos. Para conseguirlo, cederán á la tentación de Satanás; y mirarán desde las alturas del Capitolio, destinadas á tiranizar el mundo, con ojo codicioso, avaro todas las coronas de la tierra. Ningún respeto humano les detendrá en su empresa. Falsificarán una donación de Constantino, que jamás fué, por parecerles demasiado humilde y reciente la donación del bárbaro Pipino. Luego su derecho será un conjunto de falsedades no probadas por nosotros, sino reconocidas por ellos, y sin embargo, adoradas en los altares que debían reservarse á la justicia y á la verdad. Todo aquel que sienta en su conciencia la luz y el calor de la libertad del pensamiento será maldecido y calumniado. Abelardo, á pesar de su saber y de su elocuencia, pasará entre los réprobos tan sólo porque comienza á combatir la estrecha tradición ultramontana; el abate Joaquin de Flora, á pesar de pertenecer á la órden católica por excelencia, será contado entre los herejes porque presiente una renovación en el espíritu y nuevas revelaciones descendiendo de los cielos. Morirá Arnaldo de Brescia y su nombre será entregado á la execración uni-

versal porque está unido á la libertad y á la República, al derecho y á la independencia de Italia. No le valdrá al venerable Gerson haber merecido que le atribuyeran los siglos la *Imitación de Jesucristo*; el haber dicho que el Concilio es superior al Papa, le tendrá siempre en una especie de tácito anatema. Toda la obra del Renacimiento será condenada. Los mismos artistas que han ilustrado el Vaticano encontrarán á duras penas una amnistía, gracias al culto de todos los pueblos y de todas las generaciones; pero allá en el fondo del isoterismo ultramontano, serán considerados como reos de complicidad con la eternamente joven y eternamente bella inspiración pagana. La Reforma no es el resultado de tres siglos, la condensación de innumerables ideas, el pensamiento de una raza, no, la Reforma es antojo de un monje epicúreo que quiere á toda costa casarse. En el anatema universal entran Descartes, Locke, Kant, Hegel, toda la ciencia moderna. Las instituciones más grandes no se libentan; los progresos más evidentes no se eximen. Suiza pasará por el *Sunderbund* romano en que los reaccionarios de la fé pretenden destruir la obra de Guillermo Tell, esa sublime conjunción del espíritu y la naturaleza, de la libertad y el Cristianismo. La misma constitución belga, á pesar de no ser democrática, sufrirá el odio y la enemiga del Índice romano. Veránse allí, en aquel Infierno, atormentados por las sombras, maldecidos por los anatemas, todos los hijos de la luz. Si un Miguel Ángel de la libertad pintara los rostros de los condenados, si un Dante de la democracia penetrase en los senos de ese Infierno, veríamos espantados que ha sido proscrito todo cuanto ha elevado la razón á Dios, todo cuanto ha traído la inmortalidad á la tierra. El Índice romano es el enemigo de la luz, porque todo lo que condena representa la emancipación de la inteligencia, la libertad del espíritu, y el Índice romano iba á ser elevado á dogma á petición del Papa. ¡Qué suicida demencia!